

QUILLASINGAS: ¿NARIZ DE LUNA?



EDUARDO GUTIERREZ*

Una interpretación Etno-botánica

Este texto esboza una aproximación al significado de la palabra Quillasinga, tomando indicios de la lengua Quechua, intuiciones sobre dos piezas arqueológicas y elementos de la flora regional; se propone un desciframiento del sentido semántico del nominativo de la principal etnia que habitó el Valle, hoy llamado de Atriz. Como punto de vista para la aprehensión de lo que pudo haber sido esta cultura rodeada de misterio.

I

A la llegada de los españoles, América presenta un surtido mosaico de procesos culturales en diversos estadios de competencia material y de abstracción conceptual; mientras que la mentalidad del conquistador es una mixtura particular del heroísmo medieval y la sed de mundo renacentista, catalizadas por la eterna codicia humana que la época democratiza.

El encuentro de esta óptica mesiánica-capitalista, con las realidades de la desmesura americana, produce una bruma deformante de lo que fue el mundo americano antes de 1492. Por ésto, son tratadas por igual

todas las etnias americanas y sus diferencias sólo se toman en cuenta si tienen consecuencias notorias sobre el libro de ganancias o si pueden ser capitalizadas en el propósito político de la conquista: los pueblos mansos logran la confianza ibérica y una relativa seguridad y aquellos que se oponen a sus designios son desmembrados mediante reasentamientos forzosos o a través de la pauperización metódica.

Creemos que este es el caso de la etnia Quillasinga, que impidió la fundación de la Villaviciosa De La Concepción De San Juan Bautista De Los Pastos, en el valle que actualmente ve el transcurrir de la Ciudad Teológica de Colombia en que cohabitaban con otros grupos aborígenes. Es decir, que la comarca de Atantures estaba poblada por varias etnias que compartían cierta afinidad lingüística y también rasgos culturales como los rituales funerarios y otros de los que dan cuenta los restos arqueológicos.

Los quillasingas se organizaron en cacicazgos que no se asociaron federativamente; "los caciques fueron jefes locales que velaron por los derechos de sus sujetos, especialmente en relación con la tierra";¹ la estratificación social era difusa debido a que todos tenían escasas posesiones, "lo cual explica también el por qué no tenían la costumbre de pagar tributo a sus jefes".² Vi-

* Magister en Etnoliteratura, profesor Colegio Liceo Universidad de Nariño.

1. CALERO, Luis Fernando. Pastos, Quillasingas y Abades. Santafé de Bogotá, Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, abril de 1991. p. 48.

2. *Ibidem*, p. 49.

vieron en asentamientos dispersos y no en poblaciones nucleadas y no dejaron testimonios arquitectónicos distintos a los bohíos, hechos de barro y paja que describen los cronistas.

Sin embargo, pese a esta aparente dispersión, los habitantes del Valle se reunían con motivo de celebraciones agrícolas y de rituales funerarios, entre los que cabe mencionar los Taquíes o bailes generales, señalados por Fray Gerónimo Descobar en su "Descripción de la Provincia de Popayán", característicos por su duración (más de tres días), y su profunda intensidad.

Escribe el conocido cronista Cieza de León: "Los Quillasingas hablan con el demonio, no tienen templo ni creencia, alcance que el demonio se les aparece (según ellos dicen) espantable y temeroso Dios Nuestro Señor, sabe por qué permite que el demonio hable a estas gentes y haya tenido sobre ellos tan grande poder y que por sus dichos ya estén tan engañados".³ Es decir, que en el nivel de lo ideológico, los Quillasingas presentan los rasgos de un profundo complejo religioso, que se expresa en la capacidad de comunicación con sus dioses (que Cieza llama demonios) y el calendario ritual codificado según los ciclos vitales y agrícolas. Es de destacar que Cieza presenta la realidad religiosa de los Quillasingas bajo la sombra de la duda, pero termina por aceptarla cuando pone en razón del plan divino la permisividad del "diálogo", usual, con el demonio (Dios Nuestro Señor sabe por qué permite que el demonio hable a estas gentes).

II

Los hallazgos arqueológicos en la región producen asombro ante piezas que resultan

de difícil interpretación, si nos atenemos a una visión exógena de esta cultura (nos referimos a las muestras que exhibe el "Centro Cultural Leopoldo López Álvarez"). Hay una escudilla que se sostiene sobre un felino que muestra su dentadura y cuyo cuerpo está dividido en nudos vegetales, tal que resulta ser semejante a un bejuco; esta pieza de uso ritual implica un complejo simbolismo del que se alcanza a interpretar: felino rugiente como emblema del conocimiento, y la ambivalencia animal - vegetal se puede inferir como evocación mimética del bejuco banistería caapi, conocido como Ayawasca o Yagé.

Otras pequeñas vasijas antropomorfas se han denominado gritones, pero su gesto corresponde al de un profundo bostezo, tan importante en el ritmo del ritual del Yagé. La capacidad de estos pequeños vasos ceremoniales, equivale a una dosis de Ayawasca de las que aún utilizan los curacas en sus rituales medicinales y que se denomina toma. Agrego: la mirada que reproducen los gritones es similar a la de la persona que ha entrado en trance por ingestión del enteóneno. Igualmente inquietantes son los discos ceremoniales: tienen un hueco en su centro, índice de su uso giratorio; los diseños que muestran sus pulidas caras obedecen a una simetría radial que provoca la "desfiguración" y movimiento aparente de estos grafismos áureos. Se supone fueron utilizados como elementos esenciales del ritual aborigen; mirar su discurrir visual provoca dislocaciones en la percepción y el estado de conciencia.

Otro elemento a tener en cuenta, es la variedad de especies vegetales enteógenas que abundan en la región y son cultivadas

3 . CIEZA DE LEÓN, Pedro. Crónicas del Perú. (Sin pie editorial). p. 350.

por tradición, aún sin manejar sus aplicaciones prácticas, o crecen espontáneamente, como los hongos *Strophario Cubensis*, abundantes en los potreros circundantes de la ciudad de San Juan de Pasto, o el cactus San Pedro (*Trichocereus Pancanoi*), del que hay surtida variedad adornando los jardines de los barrios residenciales, lo mismo que el floripondio, borrachero o wanto (*Datura Innoxia*) que prospera al borde de los caminos veredales y en "las cuadras" de las casas campesinas.

Resumo: Los habitantes del Valle de Atures, desarrollaban prácticas religiosas que incluían la embriaguez mística, si se toman a verdad las noticias de los cronistas. Es muy posible que entre las sustancias psicoexpansoras, estuviese el Yagé como lo sugieren los indicios arqueológicos.

III

Las hipótesis más verosímiles, apuntan a que después de la catástrofe demográfica inherente a la Conquista y Colonización, sobreviven a la etnia Quillasinga, los reductos de las gentes Kamtzá que habitan hoy el Valle de Sibundoy. Los Kamtzá practican aún rituales, que aunque cristianizados, facilitan la comunicación y comprensión de las fuerzas de la naturaleza gracias a un avanzado manejo de la botánica que se podría equiparar a los antiguos ritos relatados por los cronistas. Al parecer, el nombre Quillasinga fue otorgado por los Quechuas a los vecinos de Los Pastos sin que se conozca cómo se llamaron a sí mismos estos pueblos, por lo cual hay que indagar en el territorio semántico del quechua.

Quillasinga estaría constituido por los núcleos semánticos: quilla y singa; sin embargo, creemos que el término, al españolizarse, por eufonía, adhirió el sonido [k], tendríamos, entonces, Illasingas, que descompondríamos así: Illa - Singa.

La raíz illa, incluida en la forma quilla, es por demás sugestiva; en concepto del insigne americanista José María Arguedas, Illa, deriva de la onomatopeya: "Yllu", que reproduce la música de las pequeñas alas en vuelo; música surgida del movimiento de los objetos leves, es igualmente la dispersión de esta peculiar música. Y es también la propagación de la luz no solar, es decir, el claror, el relámpago, el fulgor que ilumina en el oscuro total de la noche, Illapa es el relámpago, el Illary es el alba que anuncia el amanecer.

Refiriéndose a esta Aura, que significa la raíz Illa, dice José María Arguedas: "estas especies de luz no totalmente divinas con las que el hombre peruano antiguo cree tener aún relaciones profundas, entre su sangre y la materia fulgurante",⁴ y que nosotros interpretamos como el aura opalina que anuncia las iluminaciones más conmovedoras del trance bajo los efectos del Ayawasca. Si aceptamos la forma Quillasinga, se podría pensar en interpretar el término así: Quillas = adoradores de la luna. Inga = Inka, señor principal, rey o jefe de los Killas, es decir, de los adoradores de la luna; sin embargo, los cronistas son explícitos en señalar que los Quillasingas no tenían grandes jefes y vivían en pequeños clanes dispersos que sólo se reunían en ocasiones ceremoniales y festivas, por lo cual no habrían padecido grandes príncipes o señores muy principales.

4. ARGUEDAS, José María. Los Ríos Profundos. Santafé de Bogotá. Oveja Negra, 1985. p. 63.

El término Singa significa embriaguez ligera, borrachera pasajera, aunque algunos la asocian con senka, nariz, y afirman que la lectura correcta sería: Killasinga: nariz de luna, aludiendo a los pendientes que usaban los indígenas en la nariz y que sólo remotamente figuran la silueta de una media luna y son ricos en otro tipo de motivos gráficos, en su mayoría, solares.

IV

Propongo este significado para la palabra "Quillasinga" = Embriagado por la luna, iluminado, gente ebria de resplandores, embriagado por el Illa (término irreductible al significado que el Castellano tiene la palabra magia) para puntualizar el posible carácter lunar de esta cultura y el complejo discurso metafísico correspondiente a sus prácticas rituales.

Es defendible esta aseveración considerando que la denominación Quillasinga es Quechua y es factible que con dicho vocablo se pretendiera describir la característica más relevante de los habitantes del Valle de aquí. Aunque se afirme que lo más notorio de los Quillasingas era la pereza y el desaseo, sus refinados logros artísticos derrumban esta visión colonialista; mas, si aceptamos el hecho de que desarrollaron una comunicación efectiva con las fuerzas de la naturaleza. Abierto este interrogante, queda por averiguar qué relaciones existen entre los antiguos Quillasingas y nuestros contemporáneos Kamtzá y si aún es posible el diálogo con las entidades que están más allá de lo físico, y si esta sabiduría aún puede servir a la humanidad.

BIBLIOGRAFIA

1. ARGUEDAS, José María. Los Ríos Profundos. Santafé de Bogotá. Oveja Negra, 1985.
2. CALERO, Luis Fernando. Pastos, Quillasingas y Abades. Santafé de Bogotá, Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, abril de 1991.
3. CIEZA DE LEON, Pedro. Crónicas del Perú. (Sin pie editorial).

